

NUEVA ZELANDA



SANSÓN RECAPACITA

19 de diciembre

Sansón creció en un hogar adventista, pero de adolescente su corazón suspiraba por la vida que veía que sus amigos llevaban. Los escuchó hablar acerca de su libertad de hacer lo que querían, de cómo se negaban a ser gobernados por las reglas de otros. Neciamente dejó la iglesia y siguió a sus amigos. Pronto empezó a asistir a fiestas con ellos, emborracharse, y comenzó a usar drogas.

A la edad de 14 años fue puesto en una correccional de menores, pero de allí se escapó y regresó a las calles. Cada vez que lo capturaban, las autoridades lo mandaban cada vez más lejos de sus amigos, y siempre lograba escapar. Pasó varios meses en un campamento de supervivencia para menores destinado a enseñarles cómo trabajar en equipo y a desarrollar responsabilidad. Pero cuando lo dejaron ir, volvió con sus amigos de la calle y pronto se metió en problemas con la ley otra vez.

Cuando cumplió los 18 años de edad, lo mandaron a la prisión por sus crímenes. Allí decidió obedecer todas las reglas para que lo dejaran salir pronto.

Decisión fatal

Sansón notó que un grupo de prisioneros cristianos parecía tener más privilegios que él, así que pretendió convertirse en cristiano para quedar bien con los guardias. Pero las cosas no salieron como lo había planeado.

Entonces se unió a un grupo de estudios bíblicos y asistía a los servicios que se realizaban en la capilla. Cierto día, un coro llegó para presentar el culto de adoración. Al escuchar la música, sintió una extraña sensación de paz. Luchó con sus sentimientos y pensó en abandonar la sala, pero una voz le dijo:

—Quédate sentado y escucha.

Sabía que Dios le estaba hablando, por lo tanto, se tranquilizó y siguió escuchando. La música le fascinó y el mensaje de amor y redención hizo brotar lágrimas de sus ojos. Ese día Sansón entregó su vida a Dios.

—Haz conmigo lo que quieras, Señor —oró. Desde ese día, la vida de Sansón nunca más fue la misma.

Prueba de fe

Mientras estaba en prisión tuvo suficiente tiempo para leer la Biblia y orar. Y sus oraciones siempre fueron las mismas:

—Dios, úsame para servirte. A los pocos meses lo dejaron libre.

Esta vez, en lugar de regresar con sus amigos de la calle, Sansón encontró una iglesia adventista y comenzó a asistir a ella. Estaba decidido a mantenerse fiel a Dios. Pero la vida rápidamente se volvió frenética y agitada, y pronto descubrió que no estaba pasando el mismo tiempo leyendo la Biblia como lo había hecho en la prisión. No pasó mucho tiempo, cuando dejó de leerla por completo. Además dejó de orar, y con el tiempo comenzó a consumir alcohol nuevamente. Pero continuó asistiendo a la iglesia los sábados.

Cierta noche, mientras bebía, se cayó y lastimó seriamente la cabeza. Cuando se le pasó la resaca, se dio cuenta que había quebrantado sus promesas hechas a Dios y deseó morir. Pero Dios no lo abandonó, y perdonó. Le pidió a Dios que le diera otra oportunidad y le quitara el deseo de beber. Desde ese momento nunca más volvió a tocar el alcohol.

Un nuevo ministerio

Sansón recordó cómo el coro que escuchó ese día le había tocado el corazón. Sabía de música y quería servir a Dios en esa área. Entonces invitó a su hermano y sus hermanas para que lo acompañaran a formar un grupo musical, y Dios les abrió las puertas para que pudieran presentar el mensaje del evangelio a través de la música en Nueva Zelanda, Australia, y otros lugares.

—Se siente muy bonito ver que la gente cambia sus vidas y se entrega a Dios —dice Sansón—. Por experiencia, sé que el poder de la música puede cambiar la vida de una persona.

Recuerda cómo quería tener el honor de ser uno de los narcotraficantes más destacados, pero Dios lo convirtió en líder de un grupo musical que cantara para su gloria. Al poco tiempo, Sansón se convirtió en líder de jóvenes en su iglesia y director del coro. Hoy en día comparte su fe con directores de coros de otras denominaciones, y todos ellos han pedido el bautismo.

—Dios ha contestado mis oraciones en formas que nunca imaginé —dice. Hoy, este ex convicto de 26 años de edad, tiene una sola meta: compartir su fe con la juventud, para que ellos eviten caer en las redes del vicio y la degradación.

Ha regresado a la cárcel, pero para ayudar a los convictos, y muchos de ellos han entregado sus vidas a Dios como resultado de su testimonio.

—Se siente bien estar del lado correcto de la ley —comenta—. La policía, a veces, me pregunta a qué me dedico ahora, y me da una oportunidad de compartir mi fe con ellos. Y cuando paso por los lugares donde antes me divertía, con tristeza veo a la misma gente adentro viviendo la misma vida de ruina y fracaso. Si me preguntan, les digo que, gracias a Jesús, ya no frecuento más esos lugares.

Nuestras ofrendas misioneras ayudan a proveer fondos para la creación de un ministerio a favor de los jóvenes, de los prisioneros, o de cualquiera que necesite conocer de primera mano el amor de Dios. Gracias por dar.

El desafío

☛ Mientras el 60 por ciento de los habitantes de Nueva Zelanda se consideran cristianos, muchos de ellos rara vez asisten a algún servicio religioso. Del 40 por ciento restante, la mayoría dice no tener ninguna religión.

☛ Los que emigran a Nueva Zelanda tienen un nivel de fe más alto que aquellos de origen europeo o que aquellos que han permanecido en un solo país más allá de una generación. Oremos para que los creyentes compartan su fe con familiares y amistades y animen a otros a entregar sus corazones a Jesús.

☛ Solo poco más de 11.000 habitantes en Nueva Zelanda son adventistas del séptimo día, lo cual equivale en promedio a un adventista por cada 371 personas. Oremos para que la iglesia crezca fuertemente en este país en los próximos años.